Un Gobierno nuevo y unos hombres viejos

Ya tenemos á la monarquía salvada, compuesta y arreglada, como aquel muchacho que se hizo un traje nuevo de otro viejo de su padre.

Ya tenemos Ministerio, que es á lo que se tiraba. Pero ¡qué Ministerio! ¿Cuando se ha visto otra cosa igual ó parecida que ese Ministerio? ¿Qué locura parecida á esa registra la Historia? ¿Qué desvergüenza mayor conocemos?

Esto es repugnante. Si no fuese por lo incómodo que resulta un viaje al Rif, valdría la pena marchar en seguida á naturalizarse en cualquier kábila y dejar tranquilos en el poder á esos «pieles rojas» que lo han asaltado.

—

A.P.C.E.
1.2a/
SIG.: 1.2a/434.

¿Para una solución así ha necesitado la Monarquía ocho días de crisis, de funerales, y de consultas? Después de tanto recelo en formar una «cosa que se llame Ministerio», nos sale la gaita con una cosa que no sabemos como se puede llamar, sin ensuciar nuestros labios.

Ellos lo califican de Gabinete de Concentración. ¿Pero á quien concentran esos señores?

No seamos cándidos y estudiemos la constitución de ese Gobierno, que lo será por pocos días y debió no serlo ni uno.

—

Se pedía un Gobierno de Concentración verdad, inspirado en los acuerdos de la Asamblea, que han traicionado los mismos que la habían convocado.

Se quería concentrar, frente á todos los males y todas las desdichas de los partidos de turno, todas las virtudes de los que no habían sido poder. Y para esto los republicanos habíamos transigido con muchas cosas, algunas fundamentales de nuestro credo. Y este deseo de concentración purificadora había impedido durante ocho días que un nuevo gobierno sin idealidad continuase las torpezas de los anteriores.

Pero al octavo día García Prieto, el hombre de los sueldos fabulosos, el más fiel representante del favoritismo que estábamos desterrando, forma una cosa que se llama Ministerio

—

¿Y con quién?

Con La Cierva, el hombre execrable, al que una justicia recta, hubiese quitado hasta el voto; con Amalio Jimeno, mal médico, peor político, cacique castizo, que Romanones ha lanzado al gobierno como se echa un trasto viejo.

La Cierva, no representa á nada ni á nadie: sinó a la fecha reparadora: 1909. Amalio Gimeno representa á los romanonistas clásicos, de encrucijada.

Fernández Prida, maurista, no representa á Maura ni á los mauristas.

Alcalá Zamora, representa en todo caso al Príncipe de Ratibor, y García Prieto á los demócratas que no están con Alba, que son Alcalá Zamora y García Prieto, pues ni Alvarado quiere ser ministro.

Rodés, republicano, no representa á los republicanos, que le hubiéramos visto con simpatía en un ministerio para el que estuviese preparado, pero no en el de Instrucción que ahora promete estudiar. ¡La ineptitud clásica!

Ventosa representa la traición de la Liga á la Asamblea.

Bahamonde, el ponente de muchas actas sucias no es nada, ni representa a nadie.

¿Que aspiración honrada patriótica les guia? ¿Que fuerza de realidad, de ideales, tienen esos nombres?

—

Pero, en fin, la monarquía se ha salvado. Tiene ya un gobierno nuevo Recordamos el cuentecillo de Quevedo: un pobre hombre pedía auxilio.

—¡Quiero ser salvado!, exclamó.

El rey, dijo.

—¡Moledlo!

La monarquía está salvada y molida.

VALENTIN CARRASCO.